

# Porqué finalmente llegó el momento de la estadística cultural.

## Gozos y desvelos de un investigador

Lluís Bonet Agustí

Universidad de Barcelona

Las estadísticas culturales se han caracterizado hasta hace muy poco tiempo por su relativa escasez, y la desigual cobertura y tratamiento entre los distintos subsectores de actividad que la componen. Asimismo, para disponer de información global de la realidad cultural era necesario agregar sin un criterio estandarizado datos del sector servicios con datos de actividad industrial. Pero también, desgajar las lógicas organizativas de la provisión gubernamental, de las lógicas de la producción privada de bienes y servicios para el mercado, y aun, de la actividad voluntaria desarrollada de forma individual o como parte del tercer sector. Cabe tener en cuenta, además, la indefinición del término cultura, polisémico por naturaleza, y la constante evolución de su uso por parte de las propias políticas gubernamentales específicas. A lo largo del siglo XX, las políticas culturales han ido incorporando, como hojas de cebolla, nuevas responsabilidades y paradigmas de intervención, y han pasado de ser un pequeño servicio de ministerios ajenos al tema, a lograr disponer de ministerio propio.

La actividad estadística se desarrolló fundamentalmente al servicio de la planificación del estado y sus políticas. Así pues, es lógico que sólo a medida que la cultura adquiere protagonismo como actividad gubernamental, y subsidiariamente como generadora de valor económico, los servicios de estadística decidan acompañar las demandas de los respectivos departamentos de gobierno en la tarea de mapear las dinámicas culturales. Es decir, primero es la institucionalización de una política, y después su cobertura estadística (en especial, si el nivel de gobierno concernido dispone de servicio estadístico propio)<sup>1</sup>. Asimismo, siempre es más fácil recoger datos administrativos –visitantes a un museo o préstamos en una biblioteca pública– que intentar averiguar el volumen de facturación de una actividad emergente –como los videojuegos– por importante que sea dicha actividad desde una perspectiva económica o como expresión de un comportamiento social.

De todas formas, la mayoría de estadísticas disponibles han correspondido a actividades de titularidad o gestión gubernamental (museos, archivos, bibliotecas o teatros públicos, entre

otros). También se conocen bien aquellas actividades privadas subvencionadas cuyos mecanismos de apoyo requerían de datos de control fiables (hecho que explica la magnífica serie estadística sobre el control de taquilla de cine en España, frente a la casi nula información sobre el mercado en vídeo o DVD). A nivel de la Unión Europea ha pasado algo parecido. Mientras la política cultural no dispuso de carta de naturaleza propia dentro del mandato institucional comunitario, su única política con recursos –el audiovisual– tuvo que crear un organismo específico para monitorizar la evolución del sector, el Observatorio Europeo del Audiovisual; y aun en el marco de la cooperación con el Consejo de Europa.

Esta asimetría informativa entre sectores se agudiza cuando se trata de conseguir series temporales pues en general se dispone de poca información histórica homogénea. A ello cabe añadir las dificultades intrínsecas que el procedimiento estadístico tiene para ajustarse a las nuevas necesidades informativas de un mundo en plena transformación. Generar estadísticas es caro, requiere rigor en las definiciones y en los procesos, y una gran continuidad de esfuerzo temporal. Es decir, voluntad política para dedicar recursos en la obtención de conocimiento. Únicamente aquellas actividades con indicadores considerados vitales para el seguimiento de las grandes magnitudes económicas y sociales obtienen la atención necesaria. Por esta razón la cultura no ha formado parte de las prioridades hasta fechas muy, muy recientes.

Pero, ¿Qué razones explican dicho cambio? En la medida que la cultura deja de ser una actividad marginal u ornamental para el goce de las élites y se sitúa en el centro de la nueva economía creativa, la estadística cultural consigue recursos y se desarrolla. Los países desarrollados se han especializado en actividades de servicios y en productos industriales de alto valor añadido, de forma que los elementos simbólicos que permiten diferenciar estratégicamente un producto o un proceso adquieren un valor vital. Además, la sociedad contemporánea consume cada vez más contenidos culturales a través de las múltiples ventanas de explotación que las tecnologías de la información y la comunicación permiten (a través de Internet, el móvil, la PDA, los lectores de mp3, las consolas de videojuegos, así como los sistemas o equipamientos tradicionales conformados por bibliotecas, museos, teatros, cines o casas de

<sup>1</sup> Por ejemplo, la integración en un único Ministerio de Educación y Cultura de las responsabilidades culturales en España entre 1996 y 2003 implicó la desaparición de la Subdirección general de estudios y estadística, y la consecuente pérdida de prioridad de las estadísticas culturales frente a las de educación.

cultura). Así pues, no es de extrañar que en estos momentos se esté dando una eclosión de la estadística cultural en casi todos los países occidentales, así como por parte de los organismos intergubernamentales.

El reto de los estadísticos es poner límites a un campo cultural en plena expansión (de aquí la necesidad de acordar qué engloban por ejemplo las industrias culturales frente las industrias creativas, dos conceptos en estos momentos de moda), y al mismo tiempo ser capaces de retratar procesos y hábitos en plena transformación. Además, se trata de que la realidad descrita sea comparable a escala internacional. Cabe tener en cuenta que el sistema de estadísticas culturales y sus definiciones de términos puesto en marcha por Unesco en los años setenta se ha demostrado incompetente para describir una realidad a escala universal, y se está optando por aproximaciones de tipo regional<sup>2</sup>.

**“Es necesario alcanzar consensos temporalmente durables con otros actores, nacionales e internacionales, interesados en desarrollar ejercicios comparativos”**

Para los investigadores que nos dedicamos a comprender las dinámicas culturales, disponer de estadísticas específicas es fundamental, pues nos ayudan a comparar temporal y espacialmente las variables clave en nuestros análisis. Desgraciadamente, la escasez y las asimetrías de datos disponibles nos obligan a menudo a recurrir a procesos (casi siempre sin continuidad) de obtención de datos primarios, con el esfuerzo que esto implica y sin el suficiente conocimiento previo del universo del que obtenemos la muestra. De todas formas, el principal enemigo de todo investigador social son los propios prejuicios, pues es difícil ser consciente de ellos.

Más allá de los objetivos y marco metodológico de cada investigación en particular, no existen modelos globales y completos de análisis del sector cultural, ni probablemente nunca existirán. El contexto de cualquier ejercicio de diseño de un plan de estadísticas culturales debe, pues, aceptar la existencia de diversos modelos interpretativos al mismo tiempo, a veces a medio construir, que responden a enfoques disciplinares dispares. Uno debe aprender a trabajar con información asimétrica en un campo de actividad donde se mezcla lo mercantil con lo no mercantil, lo público con lo privado, lo industrial

con lo artesanal, el bien con el servicio, lo tangible con lo intangible, etc. Ningún análisis permite por sí solo una evaluación exacta de la realidad, y del impacto social y económico sobre un territorio de las distintas políticas culturales públicas y privadas existentes.

Aceptar dicha fragilidad no quiere decir que no deba intentarse la construcción de modelos estadísticos lo más completos posible con la finalidad de ayudar a contrastar los objetivos y las estrategias explícitas de política cultural. El trabajo de análisis realizado en los últimos veinticinco años por economistas, sociólogos, antropólogos, historiadores o politólogos es suficientemente extenso como para ayudar a construir un edificio estadístico al servicio de una mayor comprensión del sector y de evaluación de la acción de la administración pública en el campo de la cultura.

Tal como ya se ha comentado, el valor de buena parte de la información estadística existente sólo adquiere relevancia cuando permite la comparación con otras realidades parecidas, o si se dispone de series temporales largas y homogéneas. Por consiguiente, es necesario alcanzar consensos temporalmente durables con otros actores, nacionales e internacionales, interesados en desarrollar ejercicios comparativos. Trabajar cada uno desde su país para introducir las definiciones internacionales en la lógica interna de clasificación administrativa es mucho más útil que pretender a posteriori homogeneizar datos e información. En paralelo, y aunque parezca contradictorio, es preciso introducir periódicamente nuevos campos de análisis a las estadísticas existentes. Mucha información que tradicionalmente se recoge y evalúa no refleja suficientemente una realidad dinámica y cambiante. Se trata, pues, de elaborar indicadores analíticos específicos, más coyunturales, y de adaptar de forma flexible el modelo informativo existente a aquellas nuevas exigencias de diagnóstico de un sector en transformación permanente.

Este es el camino emprendido por las autoridades estadísticas españolas con el apoyo fundamental de los responsables del Ministerio y de los departamentos de cultura de algunas comunidades autónomas pioneras. Gracias a dicha evolución y al trabajo de cooperación con Eurostat y el Instituto Nacional de Estadística se está avanzando en un plan de estadísticas culturales cada vez más completo. Quedan aun actividades y sectores por cubrir, pero como mínimo la distancia existente entre los datos disponibles solo para algunas comunidades autónomas (Cataluña y Euskadi por ejemplo) y el conjunto de España se ha reducido, y en algunos aspectos adelantado.

Una combinación de estadísticas descriptivas, sectoriales y transversales, junto con la disposición de instrumentos de análisis estadístico más complejo, como puede ser la próxima cuenta satélite del sector cultural, dibujan un panorama maduro, a la altura de los sectores económicos estadísticamente consolidados. Es una muestra de la necesaria mayoría de edad que requería la estadística cultural española. A partir de aquí, es responsabilidad de los investigadores diagnosticar y predecir, y de los dirigentes públicos y privados tomar aquellas decisiones estratégicas que mejor posicionen la cultura de este país.

<sup>2</sup> Tal como se puso de manifiesto en el Seminario organizado por el Instituto de Estadística de UNESCO en Montreal en 2002, [www.uis.unesco.org/template/pdf/cscl/proceedings.pdf](http://www.uis.unesco.org/template/pdf/cscl/proceedings.pdf).